

Discurso de Salvatore Mancuso ante el Congreso de la República

Bogotá, julio 28 de 2004

Yo, Salvatore Mancuso, me presento ante ustedes ilustres compatriotas, Honorables Senadores y Representantes de la República, investido por mis compañeros de Causa del Movimiento Nacional de Autodefensas, como Jefe del Estado Mayor. Soy creyente en Dios, en el Dios de la Esperanza, del Amor y del Perdón, hombre de empresa y padre de familia, arrojado a las desgarradoras fauces de la guerra, como les sucedió a millones de colombianos indefensos, golpeados y agredidos por los profetas armados del caos, la violencia y el terrorismo que azota de forma impiadosa a la familia colombiana. Yo, que crecí y me eduqué con el sueño de servir a la sociedad, confieso, nunca imaginé que el torbellino de la violencia terrorista, me golpeará de forma súbita en mi pueblo natal del valle del Sinú, y que la extorsión y la amenaza de secuestro y muerte me obligaran a salir en defensa propia, de mis seres queridos y de la Patria, hasta quedar inmerso en esta guerra que desangra a Colombia.

Hoy, acudo conmovido al histórico recinto del Congreso de la República, donde se mantiene viva la llama sagrada de la libertad que nos legó el Libertador Simón Bolívar. Siento el corazón henchido de amor por Colombia, por sus hombres y mujeres, por sus niños y niñas orgullosos de ser colombianos, y por sus ancianos y ancianas merecedores de todos nuestros desvelos.

Vengo en irrenunciable misión de paz desde Santa Fe de Ralito, donde, con la bendición de la Iglesia Católica y el apoyo de la OEA, de la comunidad internacional, del gobierno del Presidente Álvaro Uribe Vélez y del Pueblo Colombiano, dimos inicio formal a este histórico proceso de paz. Reafirmo aquí, en la cuna de las Leyes y en el templo de la Democracia, que el compromiso patriótico de las AUC, por salvaguardar una Colombia libre, digna, segura y en paz, sigue en pie, como lo reclaman millones de colombianos honestos y de buena voluntad, amantes de la libertad que confían en nuestro movimiento nacional antisubversivo, y han depositado la defensa de su seguridad en nosotros.

Aquí, están presentes conmigo los héroes dolientes de la guerra, los que sobreviven y los que fallecieron. Están aquí, los que caminan sin descanso defendiendo esta Colombia desconocida para la muchos, patrullando en parajes peligrosos y solitarios, donde acecha el enemigo terrorista. También los héroes anónimos caídos en la lucha, que ya no podrán disfrutar la Paz.

Nos acompañan los miles que cargan de por vida, la cruz de sus imborrables cicatrices de guerra, viudas, huérfanos, dolientes de toda condición, y los cientos de mutilados que siguen trabajando hasta el último aliento por la Colombia que sueñan y esperan. También están aquí, con nosotros, los integrantes de las Autodefensas que con la frente en alto, permanecen en las cárceles por los servicios prestados a la Nación.

Los que empuñamos las armas por la Paz de Colombia desde las filas de las Autodefensas, no dudamos en la hora trágica, cuando la guerra tocó a nuestra puerta, en dejar atrás y con hondo pesar, nuestros hogares, los afectos, las amistades, las comodidades campesinas o urbanas, y los intereses legítimos de hombres y mujeres de bien, sin agotar antes todas las instancias del llamado al Estado, para que defendiera nuestras vidas y libertades amenazadas. Reclamamos, y en medio de la zozobra esperamos desolados e infructuosamente, que el Estado colombiano cumpliera su deber constitucional de recuperar el orden, defender las vidas y propiedades amenazadas por la subversión.

Ante la falta de respuesta del Estado, nos vimos forzados a cambiar sobre la marcha nuestros instrumentos de trabajo, por las armas y en nombre de todos los azotados por la violencia, resistir y enfrentar la guerra declarada a Colombia por los terroristas. Se trataba de defender nuestras vidas, nuestra dignidad y nuestro territorio.

En mi caso, en el año de 1995, después de agotar todas las instancias legales, y recurrir a las autoridades regionales, para informar de las sombrías amenazas y la cobarde extorsión que me cercaba por cuenta de las guerrillas, me dirigí al entonces Ministro de Defensa, doctor Fernando Botero Zea, en carta de la que adjunto copia para los archivos de esta corporación, solicitando la protección de las autoridades. Testimonio inequívoco del desamparo y la inoperancia del Estado en Colombia, que me hizo constatar entonces, con enorme dolor y desesperanza -ante el silencio oficial- que este Estado nuestro era indiferente, ineficiente, débil, ausente e incapaz de brindarnos la protección y seguridad que requeríamos.

Así nacen, Señoras y Señores, de forma espontánea y en legítima defensa propia y de nuestras comunidades, los grupos de Autodefensa, empujados al abismo de la guerra por el vacío de poder y la barbarie, que se extendió como un incendio por casi todo el país. Nosotros, nos resistimos a creer durante mucho tiempo, que el Estado renunciara, como lo hizo, al elemental deber de garantizar la vida, la libertad, la honra y los bienes de los colombianos.

Por esta razón, y ante el acecho constante de las guerrillas, recurrimos al derecho inalienable de la legítima defensa, en aras de proteger nuestra existencia y nuestros bienes lícitamente adquiridos, que representan el sustento presente y futuro de nuestras familias.

Apenas ahora, a partir de este Proceso de Paz con las AUC, se conoce la historia dura, heroica y hasta mítica de las Autodefensas. Verdadera epopeya de libertad de la Nación y del Pueblo colombiano, cuando se hizo cuestión de vida o muerte, asumir con dignidad la defensa patria y tomar medidas excepcionales para liberar nuestro suelo del azote guerrillero.

Hemos sido víctimas de la prolongación del chantaje guerrillero, durante décadas de abandono por parte de un Estado débil e irresoluto, sin coraje ni sensibilidad social, sordo a la Colombia marginal y periférica, que todavía hoy lucha por liberarse del flagelo guerrillero, con su secuela inevitable de miseria e injusticias.

El juicio de la Historia reconocerá la bondad y grandeza de nuestra Causa. La historia será tan implacable con la subversión armada, como su presente lúgubre y huérfano de apoyo popular. Tras cuatro largas décadas de prepotencia inclemente y mesianismo terrorista, las guerrillas sobreviven en sus madrigueras, presas de su arrogancia, tras haber dejado pasar el tren de la Historia. La subversión, se alimenta del ego demencial de sus líderes encanecidos, anacrónicos y extraviados, que pretenden someternos por las armas.

Gracias al sacrificio de muchos colombianos valientes, la Nación marcha hoy por otros rumbos, caminos de Paz y Democracia, de respeto a la Vida, a la Libertad y a la Dignidad de los seres humanos. Las guerrillas siguen creyendo que la violencia es la partera de la historia. Los colombianos hemos sido ofendidos y ultrajados durante décadas por su crueldad brutal, cínica, terrorista y extorsiva. Violencia alentada primero por el contexto siniestro de la Guerra Fría y el expansionismo comunista. Luego, la guerra y el miedo se extendieron de un extremo a otro del país, por cuenta del atroz negocio del secuestro, el crimen organizado, el narcotráfico y por la perversidad del atentado terrorista contra la sociedad.

Colapsará nuestra nación, si no deja de cabalgar al abismo sobre el potro indomable y suicida de la injusticia social, la corrupción pública y privada, y la violencia como fórmula de resolver los conflictos sociales, políticos y económicos.

A partir de la encrucijada que nos propician los albores del siglo XXI, Colombia tiene merecido el derecho a la Paz, al Bienestar y a la Justicia social. Contamos hoy con toda la amarga enseñanza de un pasado trágico pero igualmente aleccionador, que no podemos repetir año tras año, sin solución.

Llegó el tiempo de dedicarnos al diseño y construcción, por consenso popular, de la Colombia que nos debemos todavía, donde vivamos todos, sin soberbios ni humillados, sin condenados a la miseria y sin la grotesca impunidad de los ladrones de cuello blanco.

Por buscar lo ideal dejamos de alcanzar lo necesario. Este es uno de los riesgos presentes en todos los Procesos de Paz: que no se distinga lo académico de lo político, aquello que constituye lo ideal y aquello que constituye lo posible. Los Procesos de Paz en todo el mundo y a lo largo de la Historia -y éste que hoy nos ocupa no escapa a la regla- deben situarse principalmente en el campo de la política y no en el de la especulación. Asumimos la política, en su dimensión más grande y más noble, la que consiste en hacer posible todo aquello que resulte necesario para salvar a la Nación. Y hoy, aquí y ahora, en Colombia, nada es más urgente e inaplazable que abrir sendas de Paz y Reconciliación.

Las AUC compartimos y valoramos, muy positivamente, los principios humanistas, sabios e iluminadores de Verdad, Arrepentimiento, Justicia, Memoria Colectiva, Reparación y Perdón. La Justicia debe ser fruto de la ponderación y la equidad. La Justicia no puede convertirse en sofisma de distracción para sacar ventajas políticas, ideológicas o simplemente materiales, consecuencia nefasta y oportunista de la corrupción y los abusos de los intereses particulares.

Exigimos igual tratamiento para todos. La justicia sesgada es injusticia. Hemos tenido que cargar durante más de dos décadas de guerra, no sólo con nuestro trágico destino, sino con todas aquellas calumnias y ataques que tanto las guerrillas como el Estado nos han endilgado.

En honor a la verdad, la primera responsabilidad en el conflicto político, social, económico y militar colombiano, deriva de la debilidad del Estado. El Estado y sus dirigentes son responsables del conflicto y deben responder, reparar y cumplirle a la sociedad.

Que haya Reparación, sí, pero como figura colectiva. Son las comunidades y no los individuos los que deben beneficiarse de este principio rector. Las familias colombianas son las que finalmente sufren en carne propia los rigores de la guerra. Es importante que ayudemos al Estado a que repare a todas las

víctimas, incluidos nosotros. Que junto con los poderes económicos y la dirigencia nacional, acordemos cómo y con cuánto de lo que tenemos vamos a ayudar al Estado en la reparación a la sociedad colombiana.

Este proceso concita a construir los instrumentos jurídicos que permitan la salida digna de la guerra para todos los comandantes y combatientes de nuestra organización, también los privados de la libertad. Como recompensa a nuestro sacrificio por la Patria, haber liberado de las guerrillas a media República y evitar que se consolidara en el suelo patrio otra Cuba, o la Nicaragua de otrora, no podemos recibir la cárcel.

Somos defensores de una Colombia libre, de sus instituciones y su infraestructura. Apostamos a la concordia y la negociación pacífica, al abandono de las armas y de la violencia como forma de defensa ejercida heroicamente, en condiciones de extrema necesidad. No podemos permitir que se idealicen revoluciones distantes, desconociendo que el pueblo colombiano es la gran víctima de la subversión y la politiquería. Es preciso recordar a la Nación y al mundo, que mediante nuestra lucha y sacrificio, extensos territorios del país han logrado convertirse en ejemplos de concordia, tolerancia y civilidad; y han conseguido atraer la inversión, promover el trabajo honesto, y devolver las condiciones necesarias para el logro de la productividad, fundamental para el desarrollo.

Los colombianos asistimos a un renacer de la fe en la democracia y el anhelo compartido de orden, seguridad y justicia social, que han de ser fecundos en obras de reconciliación. Abrimos nuestro corazón al sentimiento nacional. Nadie debe ser excluido de la posibilidad del encuentro fraternal.

La vida es el arte del encuentro, y en pos de ese encuentro con el Gobierno nacional, con la sociedad colombiana y con la comunidad internacional, las AUC nos hemos hecho presentes en la Zona de Ubicación dispuesta en Tierralta para habilitar la primera de una serie sucesiva de escenarios de convergencia.

La razón por la que iniciamos esta negociación política no está muy lejos del sentido común, y por eso genera solidaridad. Creemos que hoy se está trabajando en la dirección adecuada para el fortalecimiento del Estado y sus instituciones. Es la gran oportunidad de otorgar un voto de confianza en el futuro de nuestro País, sumándonos a 44 millones de personas empeñadas en la construcción de una democracia más legítima y de un Estado más fuerte, más eficiente, más justo y más responsable.

El tránsito que busca hacer nuestra Organización de lo prioritariamente político-militar a lo esencialmente político-social, acogiéndonos rigurosamente a las reglas de juego planteadas por nuestra democracia y el ordenamiento legal, permitirá que podamos ser también garantes de los acuerdos políticos que las Autodefensas suscribamos con el Estado colombiano.

Seguiremos avanzando en el inquebrantable propósito de consolidar, a través de la negociación política con el Gobierno nacional, las metas irrenunciables de hacer más eficaz e incluyente el Estado Social de Derecho y construir Caminos de Paz y Reconciliación entre los colombianos. Es el punto de partida de una larga marcha que ni las Autodefensas ni el Gobierno ni los colombianos podemos recorrer en solitario. Es imposible que las Autodefensas por sí solas consigamos la paz.

Invitamos a nuestros compatriotas a rechazar a los enemigos de la convivencia. En el seno de la juventud colombiana anidan los sueños y la energía que necesita nuestro País para silenciar definitivamente las armas y para hacer más productiva y floreciente nuestra sociedad.

Las Autodefensas, solicitamos una y otra vez al Gobierno nacional que se habilitaran Zonas de Ubicación, y lo hemos venido haciendo en los últimos dieciocho meses hasta obtener el memorable encuentro de Santa Fe de Ralito. Tales zonas están previstas por el ordenamiento jurídico para adelantar diálogos y negociaciones de paz. Consideramos de vital importancia desarrollar de manera paralela a la Agenda de Negociación de Paz con el Gobierno nacional, una Agenda de Convergencia y Concertación Nacional e Internacional con todos los sectores.

Para el desarrollo del proceso de negociación política es esencial entender el manejo de sus componentes sustanciales, procedimentales y operativos, cuyo impecable manejo será factor determinante para la culminación exitosa de esta negociación política.

Es de la mayor importancia, y por eso solicitamos la conformación de una Comisión de Alto Nivel, integrada por representantes del Congreso de la República, el Gobierno nacional, la Magistratura, la Iglesia y los gremios de la producción, con capacidad decisoria, que acompañe al Gobierno y a las AUC, haga recomendaciones y garantice la transparencia del proceso.

El Proceso de Paz, con el fin de conseguir sus notables objetivos, deberá dejar satisfechas a las partes, pero esto no basta: debe arrojar resultados positivos visibles para los colombianos de carne y hueso, y también convincentes a los ojos de la Comunidad internacional.

Las AUC queremos ser parte de la solución del conflicto en Colombia. La interlocución con la sociedad es la forma directa de encontrar las soluciones. La correcta estructuración de las Zonas de Ubicación debe reconocer el carácter confederado de las Autodefensas y la diversidad regional. Por eso insistimos en la instalación de Zonas de Ubicación en distintos sitios como el Magdalena Medio, el Sur de Bolívar, Urabá, Cundinamarca, los Llanos Orientales, Norte de Santander.

Las Zonas de Ubicación constituyen una novedosa forma de espacios de concertación social y provechosa interlocución, donde puedan llevarse a cabo paralelamente al Proceso de Paz, los acuerdos políticos con los sectores representativos de la comunidad local, regional, nacional e internacional. Este tipo de acercamientos garantiza una poderosa asociación que sustenta los acuerdos propios de la Mesa de negociaciones de paz con el Gobierno nacional.

Siempre hemos tenido voluntad y compromiso por alcanzar la paz. Pruebas de ello, han sido el cese unilateral de hostilidades y la desmovilización y desarme del Bloque Cacique Nutibara. Hoy, formalmente iniciada la negociación política, estamos dispuestos a definir con el Gobierno nacional las condiciones para habilitar varias zonas de ubicación, que impliquen la concentración de las tropas y nuestra cooperación en la erradicación y sustitución de los cultivos ilícitos, donde existan, teniendo como posible marco de referencia para todas las regiones, las alternativas y recomendaciones, que, para aprovechar la productividad de las zonas, se contemplen en el TLC. Estas alternativas deben proyectar un desarrollo económico y social viable, rentable y sostenible en el tiempo.

En el marco de esta propuesta, el Catatumbo, en Norte de Santander, es una zona en la que por excelencia confluyen todos los elementos que configuran la complejidad del conflicto armado y político de nuestro país. Allí hacen presencia las guerrillas y las Autodefensas en un constante enfrentamiento por el control territorial. Existen miles de hectáreas sembradas con cultivos ilícitos y se han establecido varios corredores estratégicos para la movilidad de los actores armados ilegales; además, es una zona de frontera con Venezuela, que le permite a las Farc usar el vecino país como retaguardia estratégica.

Podríamos desmovilizar de inmediato toda la estructura militar de las Autodefensas, pero ello sería una demencial irresponsabilidad, que provocaría un desastre en gran parte del territorio nacional, y llevaría al derrumbe de la infraestructura productiva, al colapso de la economía y a una pesadilla de sangrientos episodios. La concentración de las tropas de Autodefensa debe

coincidir con la presencia de los organismos de seguridad del Estado en las zonas de ubicación y sus áreas de influencia.

La identificación de los problemas fundamentales exige acuerdos políticos que garanticen la solución de los mismos en favor de las comunidades. Suscritos estos acuerdos institucionales, procedería la desmovilización, al amparo de un marco jurídico adecuado, que permita el retorno de todos los miembros de las Autodefensas a la normalidad social. Desde la arena política seguiremos verificando el cumplimiento de dichos acuerdos.

La presencia permanente de las instituciones del Estado en las zonas de influencia de las AUC, impedirá que esos territorios queden a merced de grupos armados ilegales de izquierda, de derecha o de la delincuencia que quieran ocupar esos espacios, al finalizar el proceso de negociación política.

Proponemos el diseño de Proyectos Específicos de Base, que se desprendan del reconocimiento de la importancia estratégica para Colombia de generar consensos e iniciativas sobre los siguientes cinco temas principales que conforman nuestra Agenda de Convergencia y Concertación Nacional e Internacional:

1. Estado Social de Derecho
2. Concertación para el Desarrollo Nacional
3. Reconstrucción del Tejido Social y Nacional
4. Ética de la Responsabilidad Social
5. Colombia y el Mundo

Estos temas identifican las bases fundamentales de nuestra convocatoria a los colombianos. Aclaramos, que esta propuesta es distinta de la agenda de negociación política con el Gobierno nacional, que, como ustedes recordarán, se fundamenta en los puntos que propusimos el primero de julio en Santa Fe de Ralito. Sería inconveniente para el Proceso de Paz y para Colombia, llevar a la Agenda de Negociación, el contenido de las bases de esta convocatoria, porque eso significaría eternizar la negociación y no concretar avances que son factibles en beneficio de las comunidades, independientemente de la fecha final de los acuerdos de Paz.

Este Proceso de Paz, acompañado por la Iglesia, por la comunidad nacional e internacional, deberá convertirse con el esfuerzo de todos los involucrados, en un camino abierto, no solamente hacia la Paz, sino también, hacia el fortalecimiento de la democracia colombiana, el desarrollo de la economía nacional y la mejor inserción de Colombia en el mundo.

Nosotros aspiramos a fundar la Universidad de la Paz, con el ánimo de no repetir la dolorosa experiencia de la guerra vivida, y enriquecer intelectualmente los caminos de avance hacia la paz duradera; para canalizar los aportes en conocimientos, tecnología, recursos financieros y experiencias de la comunidad internacional; y para brindar la oportunidad a miles de jóvenes ansiosos de aportar al País sus energías, arrancándolos de la guerra, y entregándolos al servicio del desarrollo nacional.

Se equivocan quienes creen que la socialización de nuestra Agenda de negociación política es una estrategia de guerra.

Muchos insisten en disfrazar las ausencias del Estado y la corrupción de sus funcionarios y agentes, como si las Autodefensas no estuviéramos siendo obligados por la necesidad y el vacío de poder, a reemplazar el Estado ausente, donde hace muchos años se fue, y donde incluso nunca ha llegado. Un imperativo ético insoslayable, nos obligó a estar en la primera fila en el combate contra las guerrillas, en una escabrosa guerra irregular que pocas veces el Estado ha querido afrontar y asumir en plenitud.

Entre las plagas que padecemos junto con los males de la guerra, tenemos el peso negativo de una economía que no proporciona subsistencia digna a la mayoría de los colombianos. Se suma a esto, el mal uso y el despilfarro de nuestras riquezas naturales, patrimonio de la Nación. Dificultades enormes a las cuales hay que sumar los problemas que aquejan el desarrollo sostenible y el eventual efecto de cataclismo que tendría una negociación inadecuada del TLC.

Es nuestro deber político, como ciudadanos responsables, plantear con claridad todo aquello que el Estado debe reformar y reestructurar para responder a las urgencias de la Nación, que hace mucho tiempo se salió de las manos de los burócratas citadinos.

¿Cómo entender que las guerrillas secuestran a miles de colombianos inocentes? ¿Cómo explicarnos con alguna racionalidad los ataques con cilindros de gas a las poblaciones? ¿Cómo entender la lógica guerrillera de dinamitar puentes y destruir vías que son los únicos contactos posibles entre las comunidades campesinas y los mercados? ¿Cómo explicar la política de tierra arrasada con la destrucción de la infraestructura rural, de torres de energía aumentando el costo de vida, y el abominable crimen de sembrar con minas quiebrapatas los campos de Colombia? La conclusión obvia es que la guerrilla impide el progreso, para mantener su negocio ilícito y justificar su existencia.

Este infierno se ha desatado sobre Colombia en los últimos cuarenta años bajo la irracionalidad subversiva, al punto que el Estado se ha convertido en virtual prisionero de la violencia. No resulta difícil entender, que de las entrañas del mismo Pueblo agredido, surjan las Autodefensas como respuesta a tantos males sin ninguna solución definitiva.

Aprovechemos esta oportunidad histórica para que se conozca la magnitud de nuestro drama, la verdadera dimensión de la crisis que sufrimos, y las soluciones que proponemos.

Las diferencias entre las Autodefensas y la guerrilla, son abismales en lo político, en lo filosófico y en lo metodológico. Diferimos absolutamente de la concepción guerrillera del uso de la violencia como instrumento de acción política. Jamás hemos planteado la combinación de todas las formas de lucha: sólo nos hemos defendido de esta cínica estrategia estalinista. Jamás hemos pensado imponerle a Colombia nuestras ideas políticas, ni nuestra visión de la economía nacional, mediante la coacción de las armas.

Las Autodefensas creemos en la vía de las reformas y la política de consenso y no en la revolución sangrienta. Las guerrillas pretenden sustituir el Estado e imponer un estafalario y anacrónico sistema comunista.

Pese al abismo que separa a las guerrillas de las Autodefensas, estamos dispuestos al diálogo civilizado entre colombianos y ponerle fin a la violencia política. No existe simetría entre las víctimas y sus verdugos, es claro que los que actuamos en legítima defensa al servicio de la Patria, debemos tener un trato justo, más cuando se recuerda la amnistía para los guerrilleros liberales del Llano, la del Epl, la del Quintín Lame, la del Prt, la de la Corriente de Renovación Socialista y la del M-19, gracias a la cual han ocupado altas dignidades del Estado; sin contar, las ofertas generosas de paz hechas a las Farc y al Eln, a las cuales respondieron con más terrorismo.

Las AUC, requerimos de un marco jurídico que nos permita a todos reincorporarnos a la vida civil, con las plenas garantías que otorga un régimen democrático, que asegure que no se repetirán amargas experiencias, que podrían dar al traste con esta esperanzadora voluntad de paz y este esfuerzo conjunto de los colombianos.

Pero aun dándose las condiciones jurídicas para nuestra reincorporación plena a la vida civil, si nuestras comunidades y zonas de influencia quedaren en posición de vulnerabilidad y olvidadas a su propia suerte, no podríamos poner nuestra conveniencia particular como Organización, o individual como personas, por encima de nuestra máxima prioridad: Colombia.

Es una estrategia de los enemigos de la Paz, calificar de narcotraficantes y de “señores de la guerra”, a las fuerzas de Autodefensa, silenciando curiosamente calificativos del mismo calibre difamante y degradante para las Farc o el Eln.

Todos sabemos que la guerra se convierte en una industria de la cual muchos, más de los que están dispuestos a reconocerlo, se benefician. A la ligera y sin fundamentos no se puede condenar y estigmatizar a las Autodefensas.

Existen muchos enemigos de este proceso. Los mismos que nos acusan de no querer la Paz, nos descalifican con el argumento de, que si no negociamos, es porque queremos eternizar el conflicto para el lucro personal. Pero si queremos hacer parte de la negociación política, entonces, suponen dos objetivos únicos: lavar activos y alcanzar la total impunidad.

Se alzan voces que nos piden acabar con los cultivos ilícitos. Nosotros nos preguntamos y queremos compartir estos interrogantes con el Congreso de la República: ¿Son acaso estos cultivos exclusiva responsabilidad de las Autodefensas? ¿Será que Colombia desconoce que las fumigaciones se realizan solamente en zonas de influencia de las Autodefensas? ¿Será acaso porque las guerrillas derriban las aeronaves destinadas a fumigaciones, y las AUC no? ¿Podríamos las AUC solas, acometer con éxito la erradicación, sin tener antes resuelto con las comunidades el problema, de la sustitución que garantice fuentes de empleo dentro de la economía lícita? ¿No sabe acaso la opinión pública, que las Autodefensas hemos recuperado extensos territorios que estaban en poder de la guerrilla con grandes zonas de cultivos ilegales? ¿Qué pasará con las comunidades que derivan su sustento de esta actividad agrícola ilegal, en caso que no se sustituya su economía por una actividad lícita? ¿Será que estarán condenados para siempre, a la miseria de la economía ilegal o al desplazamiento itinerante que produce la erradicación sin alternativa?

Nosotros queremos participar en los programas de erradicación y sustitución de los cultivos ilícitos. Lo venimos haciendo desde hace tiempo. No podemos hacer un compromiso unilateral para la erradicación, puesto que somos conscientes que sin la firme decisión de la comunidad nacional e internacional, de asumir su responsabilidad moral y económica, las AUC no tendremos ninguna posibilidad, de proporcionar una solución digna a las comunidades víctimas, de esta problemática socio-económica.

El problema de los cultivos ilícitos, no puede ser considerado solamente desde el punto de vista policivo y judicial, desconociendo que se trata básicamente de un problema social, más próximo a lo productivo que a lo delictivo. Coincidimos

en esto con prestigiosos estudiosos del tema. Es erróneo hacer creer al país y a la comunidad internacional, que con una simple política de erradicación de cultivos ilícitos, que no involucre alternativas sostenibles de sustitución económica, se va a lograr superar esta grave problemática que aqueja nuestros campos y nuestro sector rural en general.

Quisiéramos escuchar del Gobierno nacional, más estadísticas de sustitución, que de erradicación, de forma tal, que estas hectáreas sustituidas entren a alimentar la paz, en vez de incrementar la miseria en los campos, y con ella la violencia que nos está destruyendo hace décadas. Que la erradicación implique sustitución. ¿Quién ha preguntado a los campesinos, con qué alimentan a sus hijos el día después de las fumigaciones? Cientos de miles de campesinos latinoamericanos, no han tenido la oportunidad de contestar esta pregunta. Viven en silencio el drama del envenenamiento, el desplazamiento y la miseria.

Si recibimos la ayuda nacional e internacional necesaria, nos comprometemos, a participar activamente en el proceso de erradicación y sustitución de los cultivos ilícitos. Las grandes potencias y la comunidad internacional, deben contribuir con sus inversiones, para acabar con un negocio que no subsistiría, de no ser por la creciente demanda de los países desarrollados.

La Agenda de Negociación de las AUC con el Gobierno nacional, no puede soslayar el tema de la financiación de las tropas de Autodefensa.

Somos conscientes, tanto de las inmensas dificultades fiscales por las que atraviesa el país, como de la urgencia de buscar mecanismos financieros, que hagan viable el Proceso, dadas las dificultades que se han presentado. Dejamos claro que hasta el presente, el financiamiento de las tropas concentradas en la Zona de Ubicación de Tierralta, ha corrido por cuenta nuestra. Requerimos del firme compromiso del Gobierno nacional, para buscar en el escenario natural de la Mesa de Negociación, las fórmulas que permitan materializar la inquebrantable voluntad de paz de las AUC.

A pesar de la voluntad que hemos mostrado, las guerrillas no han manifestado todavía, intención de negociar en serio, ni mucho menos desmovilizarse. El conflicto armado continúa. La capacidad de hacer daño de las guerrillas se incrementó en los últimos años y han continuado con su actitud hostil hacia la sociedad, hacia nosotros y hacia el Estado.

Los recientes hechos de barbarie cometidos por las Farc en el Catatumbo, en San Francisco, Cocorná y San Carlos, revelan la enorme dificultad que representa para las AUC, cumplir con el estricto cese unilateral de hostilidades,

declarado y mantenido contra viento y marea, desde el primero de diciembre de 2002.

Es evidente que las guerrillas, insisten en su guerra declarada contra las comunidades más humildes, laboriosas e indefensas de Colombia.

El cese de hostilidades declarado por las Autodefensas, a partir de diciembre de 2002, no nos exime de la responsabilidad de defender a las poblaciones y regiones de los ataques de las guerrillas, allí, donde el Estado no hace presencia. El compromiso de perfeccionar el cese de hostilidades de las AUC, hasta llevarlo a su cumplimiento en un cien por ciento, permanece intacto y es uno de los puntos que de inmediato llevaremos a la Mesa de Negociaciones con el Gobierno nacional, para que sirva a las poblaciones colombianas y no se convierta en una ventaja estratégica, que acabe inclinando el equilibrio militar en favor de la subversión.

Las AUC rehusamos aceptar que nuestro patriótico sacrificio, como padres de familia, como miembros de la sociedad, al librar esta guerra fratricida, vaya a ser en vano. El Gobierno y la Comunidad internacional no pueden desconocer, perversamente, que las AUC surgimos como respuesta a problemas concretos y urgentes de Colombia.

La bandera de la Paz, está también en sus manos, Honorables Senadores y Representantes del Congreso de la República de Colombia. Levanten esta bandera en todos los escenarios de la Patria y del mundo. Y que Dios ilumine a todos los que podemos hacer algo por la paz.

Quiero compartir con ustedes, algunas líneas del texto memorable, Por un país al alcance de los niños, de nuestro Nobel Gabriel García Márquez, escrito hace diez años, en julio de 1994, como aporte a la Proclama de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo.

“Somos conscientes de nuestros males, pero nos hemos desgastado luchando contra los síntomas mientras las causas se eternizan. Nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia, hecha más para esconder que para clarificar, en la cual se perpetúan vicios originales, se ganan batallas que nunca se dieron y se sacralizan glorias que nunca merecimos.

“[...] Tenemos un amor casi irracional por la vida, pero nos matamos unos a otros por las ansias de vivir.

“[...] Somos dos países a la vez: uno en el papel y otro en la realidad [...]. En cada uno de nosotros cohabitan, de la manera más arbitraria, la justicia y la

impunidad; somos fanáticos del legalismo, pero llevamos bien despierto en el alma un leguleyo de mano maestra para burlar las leyes sin violarlas, o para violarlas sin castigo [...]. Nos indigna la mala imagen del país en el exterior, pero no nos atrevemos a admitir que la realidad es peor. Somos capaces de los actos más nobles y de los más abyectos, de poemas sublimes y asesinatos dementes, de funerales jubilosos y parrandas mortales. No porque unos seamos buenos y otros malos, sino porque todos participamos de ambos extremos. Llegado el caso -y Dios nos libre- todos somos capaces de todo.

“[...] Razones de sobra para seguir preguntándonos quiénes somos, y cuál es la cara con que queremos ser reconocidos en el tercer milenio”.

Finalmente, por encima de las diferencias regionales, por encima de los intereses económicos, por encima de los partidos políticos, invitamos a todos los colombianos, a que nos acompañen en la magna empresa de la unidad nacional y la construcción de la Paz. Contamos con todos Ustedes, perdamos el temor de construir la Paz entre todos, no perpetuemos la violencia y el caos, pensemos en nuestros hijos y en los hijos que ellos tendrán, para no volver a ver niños con fusiles, cicatrices en el cuerpo y heridas en el alma que jamás se borrarán. Que las próximas generaciones no padezcan el horror y la pesadilla que nos ha tocado sufrir. Ayúdenos a cerrar las heridas de la discordia y a construir la paz.

Colombianos:

Abramos nuestro corazón a las urgencias de los que más sufren y a las necesidades de los que menos tienen.

Hagamos un pacto inviolable de amor por la Vida, para que no haya un solo muerto más en Colombia por razones políticas o ideológicas.

Llevemos a todos los rincones de Colombia, la semilla de la Reconciliación que hemos sembrado en Santa Fe de Ralito, y que hoy depositamos también en el Congreso de la República.

Transformemos nuestro País en fuente de inspiración y territorio de Paz para toda la Humanidad, donde imperen los principios y los valores que consagra la doctrina universal de los Derechos Humanos.

Seamos generosos en la hora de perdonar los errores ajenos y humildes en el altar de Dios y de la Patria, al pedir perdón por nuestras faltas.

Que Colombia sea en nuestras mentes y en nuestros corazones, el intento siempre vivo, siempre bello, de construir el Paraíso entre los Andes y el mar.

Muchas gracias, Honorables Congresistas.

Muchas gracias, Señoras y Señores.

Dios bendiga a Colombia.